

Introducción

ELENA DE LORENZO ÁLVAREZ
IFESXVIII, Universidad de Oviedo

«Son los hombres quienes tienen ideas y estilos y caracteres, no los países: los sujetos, no los objetos». Con tal afirmación reivindicaba Nigel Glendinning en 1968 la importancia del autor como objeto de estudio, solo un año después de que Roland Barthes hubiera decretado *la muerte del autor* (1967). En el marco de la crisis del sujeto, aquel exitoso eslogan destronó al autor como dueño y señor del texto y tensó hasta extremos inéditos en el ámbito literario la distancia entre el sujeto, el texto y el lector; pero también provocó una fructífera controversia, que obligó a interrogarse sobre *qué es un autor* (Michel Foucault, 1969) y que terminó resolviéndose en un *retorno del autor* (Seán Burke, 1992), una *resurrección del autor* (William Irwin, 2002), porque buena parte de la crítica se resistía a prescindir de la figura del sujeto productor del texto, entendiendo que hacerlo menoscababa las posibilidades de reconstruir cabalmente el sistema de funcionamiento de la comunicación literaria.

Arrumbado el biografismo positivista decimonónico vinculado a la noción romántica del creador y el genio solitario y cuestionados los presupuestos de la autoría como una categoría de orden trascendente y descontextualizada, el autor regresó como noción histórica y cultural susceptible de estudio en sí misma (Donald Pease, 1990; Steven Bernas, 2001), que aspira a la comprensión del complejo proceso en que se constituye la propia figura del autor, y presta especial atención a cómo la práctica y construcción de la autoría y las diversas formas de *ser autor* que históricamente se configuran están signadas por las transformaciones de las dinámicas culturales de la propia institución literaria, y vinculadas a las condiciones materiales de producción, circulación y recepción del texto.

El estudio de las prácticas y formulaciones autoriales en sus contextos resulta de especial interés en los agitados períodos históricos de transición y remodelación del propio sistema cultural, de esas *redes* intelectuales, económicas y políticas (Itamar Even-Zohar, 1990), de ese *campo literario* (Pierre Bourdieu, 1993), en que se relacionan todos los protagonistas del mundo del libro, que son el marco en que se desarrollan las carreras literarias (Lawrence Lipking, 1981; Richard Helgerson, 1983) y se configuran modelos autoriales (Cheney y Armas, 2002).

Por ello resulta de especial interés el estudio de los autores de la República de las Letras del siglo XVIII, en que se forja una conceptualización de la autoría que ya apunta hacia la modernidad y en que se palpa la transformación de la institución literaria en el plano ideológico, social, cultural y material. Volúmenes como *La República de las Letras en el siglo XVIII* (Álvarez Barrientos, Lopez y Urzainqui, 1995), *Vidas de sabios: el nacimiento de la autobiografía moderna en España, 1733-1848* (Durán López, 1995), *Se hicieron literatos para ser políticos: cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII* (Álvarez Barrientos, coord., 2004) o *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas* (Álvarez Barrientos, 2006) han perfilado con nitidez esa dieciochesca República de las Letras en que la identidad del sujeto literario transita del sabio humanista al intelectual moderno, en que ya se vislumbra cierta profesionalización del hombre de letras, en que mutan y se multiplican las instancias sancionadoras, en que cobran un papel central las instituciones académicas y la prensa, y en que el autor va pensando en términos de la difusión de sus obras no solo para sus pares, sino también para esa nueva y diversa opinión pública que el siglo alumbraba.

Estos trabajos, obra de un dieciochismo de afianzada raigambre histórica que nunca ha renegado del autor ni del contexto y sabe cómo reconciliar su estudio con el del texto, son las sólidas bases de *Ser autor en la España del siglo XVIII*, un volumen colectivo que enfoca la mirada, caso por caso, en 18 autores del siglo XVIII.

Nacido el primero, Álvarez de Toledo, en 1662, y el último, el longevo Quintana, en 1772, cada capítulo analiza cómo se convierte cada escritor en autor, su concepción y práctica de la autoría, las dinámicas sociales y culturales a que estas responden, y cómo se construye la imagen de cada autor, en la intersección de la proyectada por el propio escritor y la que sus pares, el público y la posteridad generaron de él. Si cada capítulo supone un acercamiento renovado hacia estos escritores —algunos muy conocidos, otros menos transitados— del siglo XVIII, la suma de casos constata los muy diversos modos de ser autor y de construir una imagen de sí y un discurso sobre este hecho que conviven en el siglo, y el recorrido cronológico permite percibir las pervivencias, tensiones y rupturas con que a lo largo del siglo se fraguan los modelos de identidad literaria y la representación social del sujeto literario.

En estas identidades y en estas imágenes hay mucho de auto-representación, en que el propio autor manifiesta qué sujeto literario quiere ser y va configurando un relato de sí mismo, organizando sus experiencias, subrayando unos elementos y relegando otros, a caballo con frecuencia entre lo privado y lo público e, incluso en ocasiones, entre lo real y la impostura.

Esta decisión consciente de proyectar y controlar la propia imagen tiene su modelo más acabado en las autobiografías y memorias, forma extrema de autoconciencia que pocos se animan a abordar, pero se esboza igualmente en otros discursos del yo, como los epistolarios, los diarios o las memorias. No menos trascendente a la hora de revelar la construcción de estos perfiles autoriales se han manifestado los paratextos de los volúmenes impresos, en que las protocolarias aprobaciones van dando paso a prólogos

que acogen las justificaciones del propio autor y la reivindicación de su obra, y en que van mutando los mecenas de las dedicatorias, al tiempo que su retórica y función. También han resultado muy significativos los arreos y atavíos legitimadores, de orden literario o institucional, con que cada cual se presenta en público; así como los juegos de anagramas, siglas y pseudónimos, que ocultan, cobijan y enmascaran, seguramente en una justa medida. Y fundamental ha resultado la iconografía de los autores, desde los retratos, a menudo de encargo, hasta los muy difundidos grabados que ponen en circulación algunas obras.

Sin embargo, la imagen proyectada por los propios autores no siempre condice con la que la posteridad nos legó, porque el relato es fruto de su conjugación con los perfiles, a menudo disímiles, que trazaron los otros —sus pares, el público, los primeros biógrafos, antólogos y editores...—. Y estos a su vez son resultado de un no siempre sutil juego de ensalzamientos, reivindicaciones, polémicas, omisiones y olvidos, que se desarrolla en sucesivos momentos históricos y según diversos intereses literarios, culturales e incluso políticos.

Todo esto se manifiesta en los paratextos con que algunos colegas arrojaron las obras y en las reseñas y juicios que de ellas hicieron: hay autores recibidos con discretos parabienes, recompensados con fervorosos aplausos, y forjados como sujetos literarios en iracundas polémicas. También se percibe en sus incorporaciones —o exclusiones— en tempranos parnasos y antologías que institucionalizan al escritor, resultando de especial trascendencia ese *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, una verdadera operación de márquetin político-cultural y un pionero establecimiento del canon dieciochesco. Y se rastrea en el corpus funerario y póstumo que abarca honras, elogios y tempranas colecciones de obras completas y biografías, en que el trecho entre el silencio y la hagiografía permite modular la dimensión concedida al autor. Del mismo modo que obras que transitaron sin pena ni gloria se tornaron en clásicos mientras otras envejecieron —y no siempre dignamente—, no son pocos los contrastes entre la difícil posteridad de algunos autores que disfrutaron la fama y lo favorable que fue la fortuna a otros que no la buscaron en exceso o a quienes los pares les negaron merecerla.

Si cada capítulo desenmaraña las estrategias de auto-representación patentes en los niveles textual y social y revela la urdimbre del telar en que se dibujó la imagen de cada autor, en conjunto se perciben los muy variados modos en que los autores se relacionan con su obra y las muy diversas actitudes con que cada autor se ubica en la República de las Letras. Esta, como todas, tiene sus normas: quien quiere ser ciudadano es sujeto de obligaciones y derechos que acatar y disfrutar, aunque también cabe el destierro y el exilio.

Hay quien decide escribir pero permanecer en silencio —más *escritor* que *autor*— y quien hace llegar a las prensas cuanto escribe y busca al público, sin que falte, entre ambos extremos, quien mide con tino qué publicar, dónde y cómo; unos se velan tras más o menos tupidas máscaras y piensan en una posteridad a largo plazo, otros

apuestan por un perfil bajo, y alguno se exhibe y promociona haciendo de su nombre una verdadera *marca*; hay quien escribe porque quiere y quien lo hace porque se le demanda; quien interviene con su literatura en la cosa pública y quien se mantiene al margen; algunos buscan claramente lucro económico o el favor del público, otros la fama literaria, el reconocimiento intelectual o cierta ascendencia social; unos se ven como *amateurs* y entienden su obra como complemento de alguna otra faceta profesional o política, mientras otros diseñan con decisión y estrategia una verdadera carrera literaria y muchos atienden a las posibilidades de promoción que proporcionaban las redes de cada tiempo, fueran salones de mecenas, tertulias o academias, en forma de certámenes, premios, lecturas públicas y encargos; algunas carreras literarias engarzan una sucesión de razonables éxitos o medianías y se prolongan —o declinan—, ante el público, mientras otras están signadas por un éxito puntual —no siempre previsto—.

Por otro lado, resulta evidente que no se puede hablar de un *autor* ante una *obra*, porque no son pocos los escritores que, frecuentando varios géneros, apuestan decididamente por construir su carrera en función de uno pretiriendo los otros. Entre estos hombres de letras, hay mucho poeta —y mucho poeta amoroso—, oculto o medroso que frecuenta a Erato, pero prefiere ser visto en compañía de Calíope, Talía, Clío o Urania, revelando el funcionamiento social de un mercado de valores de las letras en que cotizan al alza la épica, el teatro, la filosofía y la historia.

Los estudios monográficos de cómo quisieron o pudieron *ser autores* estos 18 escritores del siglo XVIII no solo revelan muy diversos grados de voluntad y conciencia autorial, sino significativas coincidencias y contrastes, que parecen responder en buena medida a si los autores buscan reconocimiento intelectual, social, económico o político, y a si conciben la escritura como ocio, como negocio, como una actividad intelectual o como un compromiso social. De las muy variables combinaciones de estas aspiraciones, estrategias y concepciones surgen 18 autores muy diversos. Afortunadamente, no son todos los del siglo, pero permiten percibir permanencias y disidencias, transiciones y rupturas en los modos de *ser autor* a lo largo de un largo siglo XVIII.

Unos son antiguos y otros muy modernos porque en el siglo XVIII conviven los modos y modelos de antaño, en ocasiones actualizados, con nuevas maneras. Como refleja Pierre Michon en su novela *Los once* (2010), es entonces cuando algunos autores

estaban empezando a decir, y seguramente a pensar, que el escritor valía para algo, que no era lo que hasta entonces habían creído; que no era esa superficialidad exquisita para uso de los Grandes, esa frivolidad sonora, galante, épica, para que se la sacara un rey de la manga y la exhibiera ante jóvenes más o menos vestidas, en Saint-Cyr o en el Parque de los Ciervos; que no era un castrado ni un saltimbanqui; que no era un objeto hermoso engarzado en la corona de los príncipes; que no era una mujerzuela, ni un chambelán del verbo, ni un comisionado de festejos; nada de todo lo dicho, sino una inteligencia, un aglomerado potente de sensibilidad

y de razón que había de incorporar a la masa humana para que fermentase; un multiplicador del hombre, un poder de crecimiento del hombre, igual que las retortas lo son del oro y los alambiques del vino; una máquina poderosa para incrementar la dicha de los hombres. Ese empujoncito tiene por nombre los escritores de las Luces.

§

Todo volumen colectivo es fruto del tiempo, el esfuerzo y la generosidad de quienes están dispuestos a embarcarse en un proyecto común. Este ha sido posible gracias a la participación de los dieciochistas que han querido sumarse a esta labor colectiva, y debe mucho al impulso de Pedro Ruiz Pérez, coordinador del proyecto de investigación SILEM (Sujeto e Institución Literaria en la Edad Moderna) de que este monográfico forma parte, y al buen hacer de Álvaro Díaz Huici y José Antonio Martín, de Ediciones Trea. Queda aquí mi agradecido reconocimiento hacia estos hombres y mujeres de letras del siglo XXI.

Gijón, 29 de agosto de 2017

Bibliografía

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, François LOPEZ e Inmaculada URZAINQUI (1995), *La República de las Letras en el siglo XVIII*, Madrid, CSIC.
- (coord. 2004), *Se hicieron literatos para ser políticos: cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Madrid / Cádiz, Biblioteca nueva / Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- (2006), *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*, Madrid, Castalia.
- BARTHES, Roland (1967), «The death of the author», *Aspen*, n.ºs 5-6; «La mort de l'auteur», *Manteia*, n.º 5, pp. 12-17.
- BERNAS, Steven (2001), *Archéologie et évolution de la notion d'auteur*, París, L'Harmattan.
- BOURDIEU, Pierre (1993), *The Field of Cultural Production*, New York, Columbia University Press.
- BURKE, Seán (1992), *The Death and Return of the Author: Criticism and Subjectivity in Barthes, Foucault and Derrida*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
- CHENEY, Patrick y Frederick A. DE ARMAS (2002), *European Literary Careers. The Author from Antiquity to the Renaissance*, Toronto, University of Toronto Press.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (1995), *Vidas de sabios: el nacimiento de la autobiografía moderna en España, 1733-1848*, Madrid, CSIC.
- EVEN-ZOHAR, Itamar (1990), «Polysystem Theory» y «The Literary System», *Poetics Today*, n.º 11.1, pp. 9-26 y pp. 27-44.

- HELGERSON, Richard (1983), *Self-Crowned Laureates: Spenser, Jonson, Milton, and the Literary System*, Berkeley, University of California Press.
- LIPKING, Lawrence (1981), *The Life of the Poet. Beginning and Ending Poetic Careers*, Chicago, The University of Chicago Press.
- FOUCAULT, Michel (1969), «Qu'est-ce qu'un auteur?», *Bulletin de la Société française de philosophie*. n.º 3, pp. 73-104.
- GLENDINNING, Nigel (1968), «Influencia de la literatura inglesa en España en el siglo XVIII», en *La literatura española del siglo XVIII y sus fuentes extranjeras*, Oviedo, Cátedra Feijoo, pp. 47-93.
- IRWIN, William (ed., 2002), *The Death and Resurrection of the Author?*, Westport, Greenwood Press.
- MICHON, Pierre (2010), *Los once*, Barcelona, Anagrama / (2009) *Les Onze*, París, Verdier.
- PEASE, Donald E. (1990) «Author», en Frank Lentricchia and Thomas McLaughlin (eds.), *Critical Terms for Literary Study*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 105-117.